

RECUERDOS "AJENOS" DE NABLUS

Padre Pedrojosé Ynaraja

Me llegan a las manos dos documentos muy interesantes. Una compañera de Fe, madre de familia y médico para más inri, al recoger los enseres de su madre, recientemente fallecida, encuentra dos relatos mecanografiados de sendos viajes a Tierra Santa. No ignoro que abundan los dosieres de esta guisa. Quien va a Israel, frecuentemente, se siente periodista de inmediato y redacta sus memorias. Diferente será que las llegue a editar. Lo curioso del caso de las que me han dejado, es que, quienes lo escribieron, lo hicieron en 1887, dos meses de ausencia, y 1890, menor duración: un mes y un semana, solamente. Parece que los dos autores eran hermanos, uno de ellos abuelo de quien me los facilita.

LOS RELATOS

Cuando cayeron en mis manos estos relatos, me sentí arrebatado por su lectura. Tenían para mí doble interés. En primer lugar el viaje en sí, el saber qué lugares visitaban y qué ambiente se respiraba por entonces etc. En segundo lugar, recordar a aquel desconocido amigo de mi abuelo, que en 1904, según me contaron, fue a Tierra Santa y le trajo a mi ancestro, como recuerdo-regalo, un pisapapeles hecho con un tronco de olivo de Getsemaní muy bien labrado y que conservo como una reliquia.

Los autores de los diarios que comento, no se sentían enviados de ninguna redacción. Anotaron los parajes por los que se desplazaban y, a lo sumo, los medios de transporte con los que lo hacían: barco, autobús, caballería o a pie. Dejan por escrito alguna anotación piadosa, referente al trato excelente recibido por los buenos franciscanos de la Custodia, o la acogida del Superior carmelitano del convento de su montaña santa y que, además, les impuso el santo escapulario del Carmen.

SAN IGNACIO

Pensaba, mientras leía los textos, en peregrinos que se explicaron con más detalle y contaron las dificultades y peligros por los que pasaban. Sin olvidar a san Ignacio que, según me contaron, fue encerrado en el "cuarto oscuro", por no dejarse proteger por el Padre Custodio e irse, en algún caso, por su cuenta, con el peligro que tal actitud implicaba. Recordaba también a aventureros que marcharon a tierras orientales, movidos por espíritu más o menos aventurero, desde Marco Polo a Alí Bey y, por supuesto, en los tantos que hoy en día van a esas tierras en viajes organizados por agencias, sin temer los sobresaltos que aquellos otros sufrían. Yo uno de ellos, en algunas ocasiones.

Pensaba y meditaba. El relato de la gallega Egeria, lo comparaba con los miles de fotografías de Tierra Santa que conservo y público. Las narraciones del P. Ubach, monje de Montserrat, y sus anotaciones de gastos e inventarios de objetos comprados, algo así como los que conservo yo, reparto o muestro, en mis charlas o clases y que facilitan el conocimiento del texto bíblico. ¿Y qué tiene que ver lo escrito con el título que encabeza este artículo?

SAN JUSTINO

Pensaba siempre que me he movido por tierras de la antigua Samaría, que un cierto peligro está presente en toda peregrinación. Y yo mismo lo he sentido en algunas de estas poblaciones. Recordaba que en esta ciudad, que en otros tiempos se llamó Neápolis, nació Justino, el primer autor apologeta que conocemos, que murió mártir y que nos dejó, entre otras cosas, el precioso relato de las misas de la primera comunidad, de las que todos deberíamos aprender, desde los más progres, hasta los nostálgicos de ritos que no son tan antiguos. (Quien desee saber algo en este terreno, lo encontrará en alguna lectura de la "liturgia de las horas" del tiempo pascual).

"POZO DE LA SAMARITANA"

La segunda razón está en lo que va a continuación. Del "Pozo de la Samaritana" ya he escrito en este mismo soporte hace un tiempo. Sería presuntuoso que yo pensara que los lectores de hoy lo fueron de aquel entonces. Y si así ocurre y piensa que me repito, que se dé cuenta de que el tal defecto, es a su vez prueba de coherencia personal y de que tenga en cuenta que, al texto de hoy, acompañan ilustraciones fotográficas. Viajando en sentido de oriente a poniente, y cerca ya de la capital, a mano derecha de la carretera y muy cerca de ella, encuentra uno un terreno propiedad de la Iglesia Ortodoxa Griega. Franqueada la puerta, siempre he encontrado a sendos lados del corto sendero aromáticos mirtos y algún que otro etroj, buena señal bíblica.

SOLEMNE EDIFICIO

La planta del solemne edificio religioso la conozco desde mi primer viaje, en 1972. Se inició a expensas del Zar de todas la Rusias y se detuvo la edificación cuando la revolución bolchevique se impuso. He de confesar que no sé, y no he encontrado referencia, de que año se continuaron los muros y se cubrió el edificio actual. No me avergüenzo de decirlo, esto no es una tesis doctoral, lo único que puedo asegurar es que es relativamente reciente.

Si lo importante, bíblicamente hablando, es el pozo, auténtico por necesidad, pues, no hay otro en su entorno, lo que asombra es la decoración interior, obra del diácono e iconógrafo que nos recibe. Artista, artesano, hombre piadoso de Iglesia,

continúa inquieto, progresando en el estudio y experimentación de técnicas nuevas. Nos enseña, por ejemplo, un ícono realizado sobre cristal, pero muy diferente de los típicos de Transilvania.

CUATRO TELÉFONOS

Cristiano acogedor, nos invita a su mansión, nos enseña proyectos, invita a tomar un té y comparte sin prisas con nosotros. Nada semejante a un ejecutivo eclesiástico de los de hoy, que nunca tiene tiempo, y tampoco anticuado eclesiástico, ignorante de los progresos que la técnica actual ofrece. Entre los múltiples objetos de la mesa de su despacho, cuento cuatro teléfonos, espero que el director incluya la fotografía.

Una peregrinación, o un viaje de estudios, a Tierra Santa, implica la aceptación de ciertos riesgos, no lo ignoro. Pero sorprende siempre, y mucho más, el gozo de las alegrías que la imaginación de Dios otorga al que lo emprende. (Continuaré)